

1276

MONODIALOGO CON USA

De maneras bien distintas puede leerse el bicentenario de la independencia de los Estados Unidos, según se le descifre del lado norteamericano o del lado latinoamericano. Esa lectura puede hacerse sobre un pentagrama político, o social, o económico, pero por razones de mayor especialidad también puede optarse por una lectura literaria.

América Latina descubrió a los autores norteamericanos al mismo compás ~~que~~ de los europeos. Al descubrimiento de la democracia que hizo Tocqueville en el XIX respondió décadas después el de Barniemo que allí ~~encontró~~ encontró los principios educativos. Al deslumbramiento de Baudelaire ante la poesía y los cuentos fantásticos de Edgar Allan Poe corresponderán, décadas después, las traducciones de Pérez Bonalde y las apasionadas imitaciones de Horacio Quiroga. Es cierto que en este período fue Europa la polea de transmisión: me temo que la traducción de Leaves of Grass que hizo Alvaro Armando Vasseur a comienzos de este siglo, provenga del italiano y no del inglés. Habrá que esperar a León Felipe y a Jorge Luis Borges para tener cuidadas ^{versiones} ~~traducciones~~ de Walt Whitman.

Si las culturas parientes acostumbran a dialogar, la relación de Estados Unidos y América Latina ha sido, para usar el ingenioso término de Unamuno, un monodialogo a cargo de la segunda. La sabiduría de los latinoamericanos en el difícil período que abre el expansionismo norteamericano, ha sido oponerse al imperialismo -marines, ocupación de aduanas y canales, instauración de dictadores a vida- y simultáneamente poner buen oído a lo mejor de las artes, las letras y el pensamiento de Estados Unidos. Esta sabiduría todavía no la han aprendido al norte de río Bravo y me parece difícil que pueda escribirse un libro ~~como~~ como el de Stanley Williams, "La huella española en la literatura norteamericana", cambiando la palabra española por latinoamericana.

Cuando Jean Paul Sartre descubría el arte narrativo de John Dos Passos y la ardida originalidad de William Faulkner, hacía tiempo que habíamos hecho nuestra esa creación. Quizás los mejores lectores de la "lost generation" no deban buscarse entre los europeos sino entre los latinoamericanos. Novelistas como Juan Rulfo, Juan C. Onetti, Gabriel García Márquez, se formaron en la lectura de Faulkner, las audiciones del old jazz, la invención cinematográfica, al punto ~~que~~ que les debemos la apropiación "de facto" del sur norteamericano. Todo ese universo, con Margaret Mitchell, Clark Gable, los cantos negros y todo lo que el viento se llevó (porque ya hoy no existe como realidad) ha ingresado al orbe latinoamericano desde que la Clorinda Matto de Turner leyera a la Bee-

cher Stowe.

Solo dos grandes figuras quedan fuera de este cuadro, una a cada lado de la cancha. El hombre latinoamericano que mejor conoció a los Estados Unidos, quien vivió allí veinte años y le consagró lo mejor de su obra dándonos una galería de figuras (de Emerson a Whitman) y de escenas cotidianas como no puede encontrarse en la propia literatura norteamericana del período, ese hombre, que no es otro que el cubano José Martí, no registra influencia notoria de esa literatura: atravesó ese mundo, lo comprendió y explicó como nadie, pasando indemne a través del fuego. El otro es Waldo Frank, la gran excepción al silencio norteamericano. Pensando en sus apasionados libros sobre nuestros países y en su lucha constante por la cultura latinoamericana, podremos llamarlo "our man in United States". Fuimos para él algo más que un sabroso exotismo pues aquí encontró algo que buscaba oscuramente entre los suyos sin hallarlo, ese engarce óptimo del individuo, la sociedad y el cosmos que permite hablar de ~~grandes~~ culturas vivas y humanas.

Fue él quien nos reprochó un pernicioso enfoque, diciendo que acostumbrábamos a juzgar a los Estados Unidos por la media nacional y en cambio nos juzgábamos a nosotros mismos por nuestras élites. Es posible que su observación no esté errada, pero por lo mismo nos obliga a complementar/^{la} con otro distinguo: el que reconoce la existencia de grandes élites intelectuales en los Estados Unidos, con formación del mejor nivel, se trate de un lingüista como Chomsky o de un crítico como Edmund Wilson, y junto a ellos una industria cultural del más bajo nivel que se conozca, una especie de gran maquinaria productora de basura a la que debemos desde los ínfimos "comics" hasta las convencionales "seriales" cinematográficas. Desgraciadamente es este material el que nuestros países reciben masivamente: ~~además~~ no sólo implica uno de los peores sistemas educativos de las sociedades sino además el mejor vehículo para la "desnacionalización" y una "universalidad" ficticia, digamos, de coca-cola. Para quienes sólo conocen de Estados Unidos este ínfimo material es comprensible que estimen que nada puede salvarse de un pueblo formado con tales elementos. Para quienes en cambio conocen el rigor, la preparación y el espíritu crítico de la mejor intelectualidad norteamericana, la visión que se ofrece es diferente.

Pero es otra vez la visión correspondiente a un monodialogo. Los Estados Unidos siguen sin descubrir el espléndido legado de la cultura latinoamericana, (espléndido sí, y debe reiterárselo para aquellos derrotistas) una aportación literaria y artística que no cede a la de cualquier otra región cultural del planeta y que se ha desarrollado sobre propias tradiciones y a un tiempo sobre la sabia utilización de los impulsos externos que ha elaborado e integrado a su íntimo caudal.